

hizo la confesion mas completa, declarando que su crimen consistía en haber querido alcanzar la proteccion de la marquesa de Pompadour.

Berryer, que era hombre de bien, cosa rara en el puesto que ocupaba, tranquilizó al jóven, diciéndole que bien habia merecido el castigo; pero que una vez que reconocia su falta, que la confesaba y que pedia perdon, pronto le seria permitido ir á continuar sus estudios.

Al hacerle esta promesa Berryer, no contaba con la furia de la implacable marquesa, la cual declaró al rey que se separaria de su lado, si no se metia á Latude en un calabozo subterráneo para que muriera allí.

La infame Mesalina no hubiera ejecutado lo que propalaba; pero el vil monarca queria un día de placer, que hubiera comprado al precio de la sangre de sus mas fieles servidores, y que se le ofrecia en cambio del largo suplicio de un hombre de la nada ó poco ménos. Cómo, pues, habia de vacilar ese Luis el *Bien Amado!*

El honrado Berryer volvió á ver al jóven cautivo, á quien dijo:

—Armaos de paciencia: la marquesa está furiosa contra vos y á nada se presta; pero esa cólera femenil se disipará como una bola de jabon.—Al hablar así, hablaba con sinceridad el íntegro magistrado: Latude se fió en sus palabras, y la esperanza no abandonó su corazon, del que no debia tardar en salir. Berryer volvió á otro día y le dijo:

—La marquesa es inflexible, y aunque nada he perdonado en favor vuestro, nada he podido conseguir; pero con el tiempo su cólera se aplacará: esperad pues y resignaos. Entre tanto yo me esforzaré en suavizar vuestro cautiverio: para que no continueis en esta soledad, os daré un compañero: podréis pasearos todos los días, y como se pagarán por vos diez libras diarias, nada os faltará.

El compañero que se dió á Latude, fué un judío llamado José Abuzaglo, que habia sido en Paris uno de los agentes del gobierno ingles, y á quien se habia encarcelado á consecuencia de unas cartas cojidas en su poder. Aunque se le trataba bastante bien en la Bastilla, le estaba prohibida toda comunicacion exterior, en términos de que ni siquiera podia recibir noticias de su muger ni de sus hijos. Como era jóven y de buen humor, pronto se hizo amigo de Latude, y ambos se juraron que el primero que recobrar su libertad, no perdonaria medio para alcanzar la del otro.

A los cuatro meses se avisó al caballero que hiciera sus preparativos para salir de la Bastilla.

—Gracias á Dios!—esclamó,—que se ha aplacado ya la cólera de la marquesa.

Los dos amigos se abrazaron: Latude juró de nuevo hacer los mayores esfuerzos para obtener la libertad de Abuzaglo, y bajó lleno de alegría con el carcelero; mas llegado á la puerta exterior, se encontró con agentes de policia y con un coche que lo esperaban para conducirlo á Vincennes. Abuzaglo salió de la prision poco despues.

Berryer fué tambien á Vincennes á consolar al desgraciado jóven: lo hizo tratar lo mejor posible: le consiguió, como en la Bastilla, permiso de pasearse dos horas al día, pero solo, á la vista de un carcelero, y prohibiéndole toda comunicacion con los otros presos, sin que pudiera esplicarse el motivo de este rigor.

Un dia, que fué un carcelero como de costumbre á sacarlo á paseo, el caballero bajó rápidamente la escalera, segun lo hacia siempre. Llegado al pié de ella, cierra una puerta que allí habia, echa el cerrojo, corre al patio y pregunta al primer centinela que encuentra, si no ha visto pasar al abate Saint-Sauveur.

—A nadie he visto,—contestó el soldado.

—Pues voy á buscarlo, porque el capellan lo espera en el jardin.

Y pasa adelante.

Ese abate Saint-Sauveur, era un preso jansenista, que disfrutaba de mucha libertad en la fortaleza.

Al segundo centinela que encuentra Latude sin dejar de correr, le hace igual pregunta, y recibe la propia respuesta, y así llega al puente levadizo, que atraviesa sin que se piense en impedirselo, y huye al bosque. En la noche estaba en Paris libre y contento. Pero qué partido podia tomar? Ya se quedara en la capital, ó ya saliera de ella, corria de todos modos el riesgo de ser reaprehendido. Despues de reflexionarlo detenidamente, el cándido jóven acabó por adoptar la resolucion mas increíble y funesta: dirigir al rey una esposicion en que manifestaba un sincero arrepentimiento de haber ofendido á la Pompadour, implorando la clemencia del monarca, respecto de una falta que habia expiado ya con catorce meses de encierro. Terminaba indicando el asilo á que se habia retraido, en la firme confianza de que le seria útil esta revelacion que no podia provenir de un delincuente. La esposicion fué enviada en la mañana, y en la noche el candidísimo jóven era aprehendido y entraba por segunda vez en la Bastilla, donde lo recibia el mayor, quien viéndolo desesperarse, le dijo que lo encarcelaban con el esclusivo objeto de obligarlo á confesar el arbitrio que habia empleado para evadirse de Vincennes, en razon de que su fuga habia hecho desconfiar en extremo de la fidelidad de los empleados de aquella fortaleza.

—De esa confesion depende mi libertad?—preguntó Latude.

—No os quepa duda en que, revelando la verdad, se os hará plena justicia.

El caballero contó sin disfraz de qué manera sencilla y atrevida habia logrado salir del castillo. Hecha la averiguacion, se le insinuó que no se le soltaba desde luego, porque eran indispensables algunas formalidades previas. Al punto, á una seña del mayor, se echaron sobre el candoroso jóven dos carceleros, y lo llevaron al calabozo.

Latude estaba desesperado: el superintendente Berryer volvió á consolarlo, y le dijo que la orden de meterlo en el calabozo venia de muy alto para que pudiese revocarla; pero que le proporcionaria todos los alivios posibles. Se le dió, en efecto, la misma comida que á los presos mas favorecidos, y como entraba

bastante luz por la claraboya que servia de ventana, se le ministraron libros y recado de escribir.

Así pasaron diez y ocho meses, al cabo de los cuales la salud del preso se había alterado gravemente. Berryer por tal motivo lo hizo trasladar á un cuarto, bajo su responsabilidad, y hasta le permitió tomar un criado, favor de que le permitia disfrutar el dinero que le mandaba su padre.

El criado que entraba al servicio de un preso de la Bastilla, tenia que encarcelarse tambien, sin poder salirse, ni recobrar su libertad, hasta que la obtenia su amo. El que habia entrado á servir á Latude, llamado Cochar, habia presumido demasiado de sus fuerzas; pronto se le hizo insoportable el cautiverio y cayó peligrosamente enfermo. El aire libre lo hubiera salvado; pero los reglamentos lo condenaban á morir: el caballero tuvo el dolor de verlo espirar en su cuarto.

Alterada de nuevo la salud de Latude, el superintendente de policía le hizo dar un compañero de encierro que se llamaba Alègre, maestro de escuela de Marsella, quien habiendo oído decir que muchos tramaban la pérdida de Mad. de Pompadour, habia escrito á ésta dándole aviso de lo que creía un gran descubrimiento, y recomendándole que cuidara con esmero de la conservacion de su preciosa persona. La imperiosa marquesa se habia ofendido de que un hombre de la nada se tomara tanta libertad; y Alègre, aprehendido de órden suya, habia sido arrastrado de prision en prision hasta la Bastilla, donde habia pasado tres años.

Víctimas ambos de la increíble crueldad de aquella muger, pronto se hicieron amigos; y perdida la esperanza de ser puestos en libertad, mientras la marquesa no cayera de la gracia del rey, pensaron en evadirse.

Dejarémos aquí que Latude mismo cuente esa evasion milagrosa. No tomamos esta narracion de las Memorias que se le atribuyen: la damos tal cual la escribió é hizo imprimir en 1789.

“Para quien está en la desgracia, los dias se hacen mas largos que años, y todo “se vé por el lado malo. Conocíamos el ascendiente de la marquesa de Pompa- “dour sobre el rey, y no dejábamos de decir que si esa muger permanecia aún “cuatro, seis, diez, quince, veinte años en la corte, pasaríamos toda nuestra juven- “tud en el cautiverio, y pereceríamos en la cárcel. Buscábamos el modo de “huir; pero al dirigir la vista á las paredes de la Bastilla, que tienen mas de diez “piés de espesor, cuatro rejas en cada ventana, y otras tantas en la chimenea: al “considerar cuántas gentes armadas custodiaban la prision, y la altura de los mu- “ros que cerraban el foso, casi siempre lleno de agua, parecia moralmente impo- “sible á dos presos encerrados en un cuarto, privados de todo humano socorro, “poder escapar. Todo el oro del famoso banquero Laborde no bastaria para cor- “romper á los oficiales, supuesto lo cual, júzguese de lo que servirían simples pa- “labras; sin embargo, con algun ingenio nada hay que falle, y voy á demostraros



“cuánto se puede esperar del valor, de la paciencia, de los recursos que proporcionan las matemáticas.

“Estábamos dos en un cuarto. Hay que advertir que en la Bastilla no se daba á los presos ni tijeras, ni cuchillos, ni ningun instrumento cortante; y vuestro llavero, ó sea el mozo que os mete la comida, no os llevaria un carrete de hilo ni por cien luises, siendo así que necesitábamos mil cuatrocientos piés de cuerda para dos escalas, una de madera de veinte á veinticinco piés, y otra de cuerda de ciento ochenta piés de largo. Era además preciso arrancar cuatro rejas de fierro de la chimenea, agujerar en una sola noche una pared de cuatro piés y medio de espesor, metidos hasta el pescuezo en agua helada, y á distancia de quince ó diez y ocho pasos de un centinela. Todo eso era indispensable, y para hacer lo que acabo de decir, para evadirnos, no contábamos mas que con nuestras dos manos. Y no era esto lo peor, sino que teníamos que esconder la escala de madera y la de cuerda, compuestas de doscientos cincuenta escalones de un pié de largo y una pulgada de espesor, así como otra infinidad de cosas prohibidas en el cuarto de un preso. Los oficiales, acompañados de varios llaveros, iban á visitarnos y á practicar un registro varias veces á la semana. Yo, sin embargo, estaba constantemente ocupado en ese proyecto, del que habia hablado con frecuencia á mi compañero, quien á pesar de su gran talento, siempre me respondia que el plan era irrealizable, y una locura pensar en ejecutarlo. Sus razones, en vez de desanimarme, no servian sino para escitar mi imaginacion y mi valor.

“Se necesita haber estado preso en la Bastilla para saber el trato que se recibe allí. Figuraos que pasais diez años en un cuarto, sin ver y sin hablar al preso de arriba, ni al de abajo. A menudo se ha encarcelado simultáneamente al marido, á la muger y á los hijos, y todos han permanecido años enteros, sin conocimiento de que sus deudos estaban en la misma prision. Jamas se obtiene noticia alguna. Aun cuando el rey muera, aun cuando haya cambio de ministerio, nunca se os comunica nada: los oficiales, el cirujano, los llaveros, se limitan únicamente á daros los buenos dias, las buenas noches, á preguntaros si se os ofrece algo, y nada mas. Hay una capilla en que se dice todos los dias una misa, y los domingos y fiestas de guardar tres. Los presos á quienes se permite oírla, pues no á todos se les concede, y esto pasa por un favor, se colocan en cuatro gabinetes, que tienen puertas vidrieras y cortinas, las cuales no se recorren mas que en el cánon, cuidándose con esmero de volverlas á echar inmediatamente despues, de suerte que ningun sacerdote ha visto nunca el rostro de preso alguno, ni estos al sacerdote sino de espaldas.

“Berryer habia tenido la bondad de otorgarme el permiso, lo mismo que á mi compañero de infortunio, de oír misa los domingos y los miércoles. Se lo habia dado tambien al preso que quedaba arriba de nosotros, es decir, al número 3 de la torre llamada *del Condado*, que era la primera de la derecha á la entrada de la Bastilla.